

XIX

EL CASAMIENTO

Al llegar el doctor á Madrid, su primera diligencia fué pedir para Edmundo la licencia absoluta, que obtuvo por su prestigio y altas relaciones; redujo después á metálico cuanto poseía, y volvió inmediatamente á Burgos.

Don Antonio de Alvarez no creyó contraer mérito alguno cediendo toda su fortuna al hijo de su bienhechor.

Había dedicado al estudio los mejores años de su vida, y su corazón, sensible y generoso, no tenía vínculo que le hiciese desear la existencia. Amó, porque se hizo la ilusión de que le sería posible encontrar un alma hermana de la suya; pero más tarde la realidad, los desengaños ahuyentaron su halagüeña esperanza.

Al renunciar al amor, buscó otro sentimiento que llenase su alma; creyó que lo encontraría en la gratitud: fué pródigo y benéfico, y recibió en pago indiferencia y desvío.

Sin las máximas de austera y sólida virtud que el padre de Edmundo sembró en su corazón, el

alma del doctor hubiera zozobrado en el tempestuoso mar de la vida y entre aquellas olas de amargo dolor, como la mísera nave que boga sin remos ni timón; mas la religión le abrió seguro puerto, mostrándole á lo lejos el faro de la bienaventuranza; dedicóse con asiduidad al estudio, viviendo sólo para la ciencia y conservando indeleble en el alma el recuerdo de su bienhechor.

El día en que encontró á Edmundo fué inmensa su alegría, y necesitó de todo el imperio que tenía sobre sí mismo para no descubrirse á él. Al oír la lastimera historia que le refiriera, con tal nobleza é ingenuidad, se conmovió hasta lo íntimo de su alma, é hizo á Dios el juramento de devolver á Edmundo, si no la dicha, al menos la calma y la tranquilidad. Entonces fué también cuando resolvió hacerle donación de toda su fortuna, proyecto que puso en práctica después, del modo que se ha visto.

El anciano amaba á Edmundo con un cariño enteramente paternal: le amaba mucho más desde que sabía cuán amarga le había sido la existencia; amaba también á Rosa, y la admiración que este ángel purísimo le inspiraba, era aún mayor que el cariño que hacia ella sentía. Nunca, ni aun en los sueños ardientes de su juventud, había visto nada que pudiera compararse á la hija de Clementina.

Cuando vió asegurada la felicidad de aquellos dos seres tan amados y tan dignos de serlo, y

cuyo cariño era para él el límite del mundo, les participó su resolución de no separarse de ellos, y la Marquesa, que le miraba como una divinidad en la tierra, y que, llena de gratitud, confesaba deberle la vista, la razón y la vida, apoyó su idea.

La señora de Olmedo manifestó á su hija que sólo le restaba, para ser del todo feliz, ver cumplido su deseo de acabar sus días en la quinta en que había nacido y muerto su amada Clementina, y en la que ella misma había abierto sus ojos á la luz.

La joven lo hizo saber á Edmundo y al doctor, que accedieron gustosos. Fueron, pues, restaurados los muebles y las pinturas, sin consentir la Marquesa que se variase la distribución de las habitaciones ni se tocase al jardín.

Muy cerca de la quinta se encuentra situada una pequeña y linda ermita, cuyo patrón es Santo Tomás. Allí determinó esta familia respetable colocar los restos mortales del Marqués de Olmedo, de Clementina, de don Fernando de Osorio y del padre de Edmundo, á cuyo efecto se erigió un magnífico mausoleo de mármol, en el cual la señora de Olmedo dispuso que se reservase un nicho: la amante madre quería dormir su último sueño junto á la hija de su corazón. Rosa, Edmundo y el doctor deseaban gozar de su dicha cerca de aquellos restos queridos.

Terminado todo, se acordó definitivamente

marchar á la quinta tan pronto como se efectuase el enlace.

La aurora de aquel día tan deseado encontró levantada á la anciana, que se encaminó al cuarto de Rosa: aún dormía la joven; contemplóla durante algunos instantes, y después besó con amor su serena frente.

Al sentir tan dulce impresión, abrió Rosa los ojos, sonrióse y echó los brazos al cuello de la Marquesa.

—Vamos, hija mía—dijo la señora de Olmedo, ayudando á Rosa á ponerse una bata de mañana: —Edmundo y nuestro querido doctor esperan ya, y el capellán está avisado para las siete.

—Llama á Clara, mamá—dijo Rosa con dulzura,—y vístete tú también.

—Voy á ayudarte á tí primero, hija mía, porque ni Clara ni Isabel te vestirán á mi gusto: corto será nuestro tocado, porque sólo he mandado dejar fuera los trajes de camino.

—Permíteme, al menos, que llame á Clara para que me peine—dijo la joven:—esto te molestaría demasiado.

—Tienes razón, hija mía—contestó la anciana: —siempre lo hará antes que yo, porque en verdad—añadió, acariciando la angélica cabeza de Rosa,—me costaría mucho arreglar estos magníficos cabellos.

Tiró del cordón de la campanilla, y una camarera se presentó al instante.

—¿Está todo dispuesto, Clara?—preguntó la Marquesa.

—Sí, señora,—contestó aquélla.

—¿Han salido los equipajes?

—Los de la señora Marquesa y el señor doctor han salido hace una hora; los de la señorita y el señorito Edmundo acaban de salir.

—¿Y los vuestros?

—Pronto estarán arreglados.

—Ya sabes que Isabel viene con nosotras. ¡Ah! ¿Y los ayudas de cámara de mi hijo y del señor doctor han cumplido las órdenes que les dí anoche?

—Ya han salido con los equipajes, llevando también á Azor.

—Peina á mi hija ahora mientras yo me visto, y avísame después.

La Marquesa salió, y Clara desató la espléndida cabellera de la joven, que la envolvía como un manto de seda. Tomando después el peine de marfil, alisó con maravillosa agilidad los rizados bucles y enlazó las gruesas trenzas detrás de aquella seductora cabeza.

Después iba á llamar á la Marquesa; pero se detuvo al verla venir peinada y vestida ya.

Era una hermosa mañana del mes de Junio. Clara abrió las ventanas, y el aire perfumado de las flores penetró en la estancia.

La Marquesa abrochó á Rosa un lindo traje de camino de cachemira gris perla, y echó sobre los

hombros de la joven una ancha pelliza de piel de cisne, forrada de raso, para preservarla del fresco de la mañana, al mismo tiempo que Clara se acercaba con una bonita y sencilla capota de transparente gasa azul.

—Llévala al aposento de mamá, Clara—dijo la joven;—me la pondré al subir al coche.

La Marquesa llevaba un traje de igual clase y hechura que el de su hija, aunque de color obscuro; su manteleta era de piel de chinchilla, y negro su sombrero de camino.

La señora de Olmedo y su hija salieron del aposento, y fueron á encontrar á Edmundo y al doctor.

—Que los coches estén dispuestos para las nueve—dijo la Marquesa dirigiéndose á Magdalena, que era la que transmitía y hacía ejecutar las órdenes de su señora;—marcharemos en cuanto se termine la ceremonia.—Y apoyándose en el brazo del doctor, se encaminó á la iglesia de San Esteban, seguida de Rosa y Edmundo.

Por fin se unieron aquellos dos seres, cuyos corazones se habían purificado en el crisol del sufrimiento; se enlazaron aquellas dos nobles almas que habían agotado hasta las heces la copa amarga de la desgracia. Al pronunciar Rosa el *sí* solemne que la unía para siempre con su adorado Edmundo, elevó al cielo sus ojos con una mirada de profunda é inefable gratitud.

La Marquesa y el doctor, con la mirada per-

dida en el espacio, buscaban en él sus sombras queridas.

—¿Estás contento de mí, bienhechor mío?—murmuró el anciano.

—¿Has perdonado á tu madre, Clementina?—dijo en voz baja la Marquesa.

.

Una hora después, dos sencillos, pero elegantes, coches de camino, salían de Burgos por el Arco de Santa María, y tomaban al trote el camino de Valencia. Iban en el primero la Marquesa, el doctor, Rosa y Edmundo, y en el otro Clara y una muchacha del país que la acompañaba.

Magdalena é Isabel se quedaban en Burgos ocho días más para concluir de levantar la casa.